



Mitsuyo Kakuta  
**Ella en la otra orilla**



MITSUYO KAKUTA

# Ella en la otra orilla

Traducción de  
Yoko Ogihara y Fernando Cordobés

Galaxia Gutenberg



**JAPANFOUNDATION**  
国際交流基金

La producción de este libro ha recibido una ayuda de Fundación Japón

También disponible en ebook

Título de la edición original: *Taigan no kanojo*  
Traducción del japonés: Yoko Ogihara y Fernando Cordobés

Publicado por:  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre 2016

© Mitsuyo Kakuta, 2004  
Reservados todos los derechos

Publicado originalmente en japonés en Bungeishunju Ltd., Tokio, Japón.  
Los derechos en lengua castellana se han gestionado con Mitsuyo Kakuta a través  
de le Bureau des Copyrights Français, Tokio, y The Ella Sher Literary Agency, Barcelona.

© de la traducción: Yoko Ogihara y Fernando Cordobés, 2016

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona  
Depósito legal: B. 16104-2016  
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-8109-736-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización  
de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear  
fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

«Me pregunto hasta cuándo seguiré siendo yo.»

Sayoko sonrió con amargura al darse cuenta de que se hacía la misma pregunta una y otra vez. Eso quería decir que no había cambiado desde niña, cuando a menudo se preguntaba: «¿Y si fuera otra completamente distinta, por ejemplo Yoko, la más admirada de la clase, o Nitta, la que saca mejores notas?».

Estaba sentada en un banco, bajo el dosel de sombra de los árboles. Miró a Akari jugar con la arena. Había muchos niños a su alrededor, todos con algún compañero de juegos, pero su hija, sola como siempre, cavaba en un rincón del arenero. «También ella se hará esa misma pregunta cuando sea mayor: ¿Y si fuera otra persona?» Suspiró. Sacó el móvil del bolso. Ninguna llamada perdida. Marcó el número de su casa para escuchar el contestador. Nada. Aún no había recibido la llamada que esperaba.

Su hija había nacido un mes de febrero de hacía tres años. Al cumplir los seis meses, Sayoko leyó una revista para madres de recién nacidos y fue al parque más cercano a una hora determinada, vestida de un modo concreto, como recomendaba el artículo. Intercambió saludos con otras madres e incluso se citó con ellas en alguna ocasión para ir juntas a las revisiones médicas o a las vacunaciones. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que existían distintas facciones. Había una especie de líder y a ciertas madres de las que aparecían por allí se las evitaba con cortesía, sin llegar nunca a mostrar desprecio. Sayoko había cumplido los treinta. Era la mayor del grupo y se dio cuenta de que no encajaba. Eso no significaba que la considerasen mala persona, sino más bien que asumían que alguien de su edad tenía una perspectiva de la vida distinta, y por tanto era imposible confraternizar con ella. Algo comprensible, en su opinión.

Cuando entendió lo que ocurría, se le quitaron las ganas de volver al parque, pero si se quedaba en casa se sentía culpable por no

ofrecer a su hija la oportunidad de jugar con otros niños, de desarrollar sus habilidades sociales. Por eso pasaron dos años recorriendo todos los parques que quedaban en el perímetro accesible a pie desde su casa: Sayoko iba al parque A durante un tiempo y cuando empezaba a comprender la dinámica social de las madres que se reunían allí, cambiaba al B. Por suerte, cerca de su casa había muchos parques, grandes y pequeños.

Era consciente de que a una madre y a una hija como ellas las consideraban «nómadas de los parques». Salían de casa y ella murmuraba, como si se excusase: «No vagabundeo porque me guste. Sólo busco el lugar más conveniente para mi hija».

A veinte minutos a pie, había uno grande sin los grupos de madres tan habituales en los pequeños. Se veían algunos padres con sus bebés, abuelos con sus nietos. Las edades de las madres variaban mucho, igual que su forma de vestir, todo. Se trataban con cortesía y, a menos que hubiera alguna razón de peso, no llegaban a intimar. A Sayoko le gustaba el ambiente y por eso desde hacía seis meses iba siempre allí. Sin embargo, a pesar la frialdad entre las madres, los niños se hacían amigos casi sin que los adultos se dieran cuenta. Entretenidos con la lectura, con sus móviles o lo que fuera, cada cual estaba a lo suyo, pero en cambio los niños acortaban distancias poco a poco hasta terminar jugando entre ellos. Algunos se peleaban y se ponían a llorar después de una disputa, pero los padres intentaban no intervenir en la medida de lo posible. Era uno de los acuerdos tácitos de ese parque en concreto.

Akari dejó de mover la mano con la que sostenía la pala de plástico y observó a las niñas que jugaban a las casitas, a su lado. Una llevaba una camiseta roja y otra un vestido estampado con girasoles. Eran de su misma edad. Se afanaban con sus utensilios de plástico de colores vivos y sus risas alegres resonaban hasta perderse en el cielo. Un niño se acercó con paso balbuceante e invadió el territorio de las niñas, que lo miraron fijamente. Al final, la del vestido de girasoles le ofreció un tenedor como si fuera su madre.

Sayoko aparentaba desinterés, pero observaba la situación con el rabllo del ojo. Su hija seguía en una de las esquinas del arenero. Miraba a los niños, pero enseguida volvía a lo suyo. Le sorprendía comprobar lo mucho que se le parecía. Aunque deseaba jugar con los demás, era incapaz de hacerlo y se limitaba a esperar a que alguien la invitase. Los niños no parecían darse cuenta de que es-

taba allí y cuando volvió a mirarlos de nuevo, habían desaparecido.

Al pensar en el comportamiento de su hija, no caía en la cuenta de que en el fondo reproducía el suyo, con su incapacidad de habituarse a los grupos de madres en el parque. Lamentaba no ser una madre más alegre, más firme, capaz de ignorar las distintas facciones y hablar con quien le pareciera sin complicarse tanto. Mucho se temía que su hija también sería así en el futuro.

Se había casado hacía cinco años y dado a la luz hacía tres. En más de una ocasión había pensado en buscar trabajo, en lo pertinente que sería dejar a la niña en una guardería en lugar de afanarse con ella de parque en parque. De ese modo tendría más amigos, sería más sociable. Al menos, las cosas mejorarían en relación a esa vida de nómadas que llevaban. No llegó a decidirse, sin embargo. Se excusaba con los mismos argumentos de otras amas de casa: «Es increíble que haya madres que prefieran trabajar a disfrutar de sus hijos. ¡Qué desgracia para ellos no poder estar con sus madres!».

La verdadera razón, sin embargo, no era ésa. La dinámica social de las madres en el parque le hizo recordar su experiencia en la empresa donde había trabajado. Nada más graduarse en la universidad, encontró trabajo en una distribuidora de cine. El ambiente era relajado, libre, daban responsabilidades incluso a gente que llevaba poco tiempo. A Sayoko le gustaba el trabajo, la atmósfera del lugar, la ausencia de rigideces y jerarquías por razón de edad o experiencia. Sin embargo, con el tiempo empezó a notar tensiones sutiles. Había fricciones, por ejemplo, entre los trabajadores fijos y los temporales. Los chispazos surgían de continuo por detalles tan nimios como quién preparaba el café o el té, la hora de salida, la forma de vestir o por ocupar demasiado tiempo los baños sin tener en cuenta a las demás. Si intentaba mediar entre las dos partes o mantenerse al margen, se convertía en el blanco de todos los ataques. Mantenerse al margen le exigía un considerable esfuerzo. Notó que había alcanzado su límite cuando el cansancio la superó. Shuji, su novio en aquel entonces, le pidió que se casara con él. Aceptar y dejar el trabajo fue casi una sola decisión. Shuji había supuesto que ella seguiría trabajando y no ocultó su descontento, pero Sayoko fingió no darse cuenta.

—Estoy pensando en volver a trabajar —le había dicho a su marido hacía apenas un mes.

Él ni siquiera le preguntó la razón de su cambio de parecer. Se limitó a decir que no le parecía mal, pero no se lo tomó en serio. Pensó que sólo era un capricho pasajero, aunque ella lo decía muy en serio. Compró varias revistas especializadas en ofertas de trabajo y empezó a acudir a entrevistas sin importarle el empleo del que se trataba. Sólo se fijaba en reclamos del tipo: «Buscamos personas sin experiencia» o «Admitimos amas de casa». En cualquier caso, algo debía de hacer mal pues la rechazaban sistemáticamente. Cada vez que acudía a una entrevista, tenía que dejar a Akari con su suegra, que vivía en Ilogi. Ella se quejaba, pero Sayoko no permitía que su ánimo desfalleciera. De hecho, cuanto más sarcasmo ponía en sus comentarios, más terca se mostraba ella.

Comprobó de nuevo las llamadas del móvil y se lo guardó en el bolsillo del pantalón. Levantó la vista. Más allá de las hojas que se mecían sobre su cabeza, se extendía un cielo azul transparente.

Era el día en el que comunicarían el resultado de la entrevista a la que había acudido dos días antes. No quería admitirlo, pero tenía esperanzas. Se acordó de la mujer que la había entrevistado. Ambas tenían la misma edad y habían estudiado en la misma universidad. Como se trataba de una universidad con un enorme cuerpo de estudiantes, no era tan raro encontrarse con antiguos alumnos. Sin embargo, la mujer, directora general de la empresa, se comportó como si se hubiera reencontrado con un amigo perdido hace mucho tiempo. La trató como si aún fueran estudiantes: «Quizá nos cruzamos muchas veces en el comedor o en el paseo, bajo los gingos, a la entrada de la facultad».

En el arenero, el juego de las casitas había cambiado en algún momento por el de las tiendas, y ahora escuchó las voces de las niñas que hablaban con la voz nasal tan característica de las dependientas: «Déme la mitad de ese nabo, por favor». «¿Podría limpiarme el pescado?» Sayoko se dio cuenta de que Akari miraba con suma atención. Asumiendo que ella como madre iba a interceder para que pudiera unirse al juego, le dirigió una mirada de súplica. Sayoko apartó la vista, aturdida. Tenía el corazón en un puño. Quería que fuese su hija quien encontrara la forma de unirse a ellas.

Akari se levantó enseguida con la falda llena de arena y se acercó a las niñas. «Esto es dinero, ¿vale? Pero eso no es dinero.» Hablaban ensimismadas mientras se repartían la vajilla de juguete. Akari se acercó, intentó llamar su atención, les ofreció la pala y el

cubo lleno de arena. A pesar de sus esfuerzos, ni siquiera la miraron, bien porque no se dieron cuenta o bien porque prefirieron ignorarla. Ella dio varias vueltas a su alrededor, pero al comprender que no iba a poder unirse a ellas, tiró la pala y el cubo con todas sus fuerzas. Por desgracia, la arena salió despedida y acabó en la cabeza del niño, que rompió a llorar. Sayoko se precipitó hacia él. «Lo siento, lo siento.» Le sacudió la arena mientras Akari observaba con gesto compungido. La madre del niño se acercó.

—No se preocupe, no es nada. Shin-chan, ya vale, no es para tanto. Estás asustando a las niñas.

La niña de la camiseta roja y la del vestido de girasoles intercambiaron miradas y salieron del arenero.

—Akari, pídele perdón. No puedes tirar las cosas así.

«Siempre acabamos igual», pensó. Lo sentía por su hija, pero al mismo tiempo le irritaba comprobar su incapacidad para hacer amigos y siempre terminaba por hablarle con brusquedad. Se esforzó por dulcificar su tono.

—Anda, pídele perdón.

Cuando al final decidió disculparse, el niño y su madre ya se marchaban.

—¿Quieres ir al supermercado? —le preguntó—. Se me ha olvidado lavar la ropa y tengo que comprar detergente.

En el supermercado sentó a la niña en el carro de la compra mientras recorría los pasillos medio vacíos. La carne picada estaba de oferta. Haría hamburguesas para la cena. Miró el precio de las espinacas, de las zanahorias y de los huevos antes de dejarlos en el carro. Se acordó del suavizante y fue a buscarlo. Akari se volvió.

—Mamá, ¿has comprado *Miru-miru*?<sup>1</sup> ¿Lo has comprado, verdad?

—Por supuesto que sí.

Sayoko contestó sin prestar demasiada atención mientras buscaba un suavizante de oferta. Eligió el más barato de todos.

Había ocurrido un mes antes. La decisión de volver a trabajar provocó un hecho insignificante. Fue a comprar una camisa que había visto en unos grandes almacenes de Kichijoji sin pensar en nada más. Costaba quince mil ochocientos yenes. Entonces se dio cuenta de que no tenía forma de saber si era cara o no. Comparada

1. Marca comercial de un yogur.



con las de su marido, era más cara y gastar parte del dinero del mes en eso, un esfuerzo. Pero desde el punto de vista de una mujer de treinta y cinco años, ¿era cara o en realidad no? ¿Qué precio considerarían normal las mujeres de su edad?

Le sorprendió no saberlo. Al pensar en ello, se dio cuenta de que todo formaba parte de lo mismo: ir de parque en parque para evitar a las otras madres, su exasperación ante los juegos solitarios de su hija, el hecho de que se pareciese cada vez más a ella, no saber el precio de una camisa. «¿No es todo lo mismo? –se preguntó–. Si empiezo a trabajar, al menos aprenderé esas cosas, no me preocuparé de lo que ocurre en los parques y dejaré de regañar a Akari. Si empiezo a trabajar...» Esa posibilidad le parecía la solución a todos sus problemas.

Tomó a su hija de la mano derecha sin soltar las bolsas de la compra de la izquierda.

–Ya está –dijo en un tono cantarín–. Vamos a casa a poner la lavadora.

«Si no me llaman, mañana compraré otra revista para seguir buscando trabajo.» Abstraída en sus pensamientos, recorrió el camino de vuelta sin dejar de balancear el brazo de Akari.

Eran más de las ocho de la tarde cuando Sayoko recibió la ansiada llamada. Shuji estaba en casa, pero por mucho que sonó el teléfono no se molestó en apartar la vista del partido de béisbol que daban en la tele.

–¡Mamá, el teléfono! –le dijo Akari desde su sillita.

Sayoko salió apresurada de la cocina.

–Soy la señora Tamura, dígame.

–Buenas tardes. Soy la señora Narahashi, de Platinum Planet. Antes de nada, quería agradecerle que viniera a la entrevista el otro día.

Al escuchar su voz calmada, Sayoko se sorprendió e hizo una profunda reverencia de forma mecánica. Se había resignado a no recibir llamada alguna.

–Soy yo quien se lo agradece a usted.

–Llamo para ofrecerle el trabajo. ¿Acepta usted nuestra oferta?

–Sí, sí, por supuesto. ¿De verdad?

Shuji lanzó una mirada furtiva a Sayoko.

–En ese caso, me gustaría detallarle sus responsabilidades. Tal vez se haya producido un malentendido... Después de escu-

charme, no pasa nada si rechaza el puesto en caso de que no le convenga.

De fondo se escuchaba una música ruidosa que se superponía a la voz de la mujer. También a alguien hablando a voces. Imaginó la escena en la abigarrada oficina que había visitado dos días antes.

–No creo que haya malos entendidos.

–¿Podría venir de nuevo a la oficina, de todos modos? ¿Mañana, pasado? Cuando le resulte más conveniente.

–Mañana mismo –contestó, decidida–. Creo que podré hacia el mediodía.

–De acuerdo entonces. Nos vemos mañana.

La mujer se despidió y Sayoko colgó el teléfono despacio.

–¡Bien! –gritó sin poder reprimirse.

–¿Quién era? ¿Qué quería? –le preguntó su marido después de una mirada fugaz y antes de volver a concentrarse enseguida en la televisión.

–¿Quién era, mamá?

Akari repitió las palabras de su padre sin soltar el tenedor de la mano. Sayoko llevó el cuenco con la ensalada a la mesa y, mientras colocaba los platos, no pudo disimular su entusiasmo.

–Se trata del trabajo del que te hablé el otro día. Me han aceptado. Me había resignado a que no me llamaran, pero ya ves. La directora de la empresa tiene mi edad y encima estudiamos en la misma universidad. Es una mujer franca, encantadora. La empresa es pequeña, pero parece un buen sitio. Hace cinco años que no hago nada, por eso me pareció que sería mejor empezar de nuevo en un lugar como ése. Creo que he congeniado con la directora.

Las oficinas de Platinum Planet se encontraban en la quinta planta de un viejo edificio donde se concentraban todo tipo de negocios. Constaban de una habitación con suelo de madera y mesas dispuestas en fila y de otra con suelo de tatami adornada con una placa como de juguete junto a la puerta, donde se leía: «Despacho presidencial». Por último, había un salón de diez tatamis. Todas las habitaciones estaban sumamente desordenadas, pero por extraño que pudiera parecer, el lugar resultaba acogedor. A la directora se la veía una mujer sincera y desde la habitación donde estaban las mesas, de vez en cuando se escuchaban las risas alegres de otras mujeres. «Si trabajase en esta empresa...» En realidad, lo que Sayoko pensó fue: «No parece que existan facciones, rivalidades o actitu-

des infantiles. Diría que la directora es una mujer honesta y el ambiente, más alegre y relajado de lo normal».

Shuji lanzó una rápida mirada a su mujer.

–Me alegro por ti. –Se concentró de nuevo en la tele no sin antes preguntar–: ¿Qué vas a hacer con Akari?

–¿Conmigo? –intervino Akari casi con un grito.

–¿Cómo que qué voy a hacer? Dejarla en la guardería, por supuesto.

Shuji no dijo nada. Se limitó a servirse un poco de ensalada.

–Lo he pensado mucho –continuó ella–. Hay mucha gente que no está de acuerdo en dejar a los niños en la guardería, como tu madre, por ejemplo. Siempre lo repite. En cualquier caso, creo que es bueno para ella jugar con niños de su misma edad. Además, necesitamos dinero...

–¿Qué trabajo es? –la interrumpió su marido.

–En la oferta ponía «limpieza».

–¿Limpieza?

–Bueno, en realidad es una agencia de viajes.

–¿Qué? No entiendo nada.

–Mañana iré para que me lo expliquen. Imagino que me dirán lo que tengo que hacer. ¡Ah! Tengo que llamar a tu madre. ¿Te importaría llamarla tú? Luego me pongo.

Sin apartar la vista de la televisión, Shuji gritó:

–¡Ay!

«Le interesa más lo que hace ese Kiyohara<sup>1</sup> que el que yo haya encontrado un trabajo después de cinco años», pensó Sayoko.

–Hace tiempo que no trabajas. No deberías esforzarte.

–¡Enhorabuena, mamá! –dijo Akari a pesar de no entender la situación.

–Gracias, hija. Un beso...

Sayoko la abrazó fuerte y le dio un beso en la mejilla. Akari se rió a carcajadas.

En el restaurante chino donde comía con la directora de Platinum Planet, del que no se podía decir que estuviese precisamente limpio, Sayoko miraba alternativamente la cara de la mujer que tenía frente

1. Kazuhiro Kiyohara, ex jugador de béisbol.

a ella y la tarjeta de visita que había colocado en la esquina de la mesa y en la que se leía «Aoi Narahashi». Nada más llegar a la oficina, en el distrito de Okubo, Aoi había propuesto: «Vamos a comer». Hacía tiempo que Sayoko no comía fuera de casa y su corazón brincó de emoción al imaginarse el restaurante al que la iba a llevar su futura jefa. Sin embargo, era sólo un chino con el menú escrito a mano, descolorido por el paso del tiempo y pegado de cualquier manera a la pared. Quizá porque ya era más de la una del mediodía, no había más clientes que ellas. El camarero llevó dos vasos y una botella de cerveza. Aoi llenó el vaso de Sayoko y después el suyo.

—Brindemos. Encantada de tenerte con nosotros. —Entrechocaron los vasos y con los labios teñidos de blanco por la espuma de la cerveza, le preguntó—: Dime, ¿en qué facultad estudiaste?

—En la de Letras. Filología Inglesa. ¿Y usted?

—No me trates de usted; tenemos la misma edad. Yo estudié Filosofía. Repetí un año y me gradué a duras penas. Si te digo la verdad, aún me quedaban candidatos que entrevistar, pero cuando te marchaste ya me había decidido.

—¿Por qué me eligió a mí? —preguntó sin caer en la cuenta de que volvía a tratarla de usted.

—¿Otra vez de usted? —la interpeló Aoi con cara de enfado mientras se servía más cerveza—. ¿Por qué lo preguntas?

—Me gustaría saber por qué yo... A decir verdad, me han rechazado una y otra vez. En los anuncios siempre dicen que admiten amas de casa, pero cuando iba a las entrevistas y les explicaba que tengo una niña pequeña, pensaban que iba a faltar a menudo, en cuanto la niña se pusiese mala o algo por el estilo. Alguien llegó a cuestionar mi inglés y a decir que a pesar de haberme graduado en Filología Inglesa, no tenía por qué hablar bien el idioma. No sé, todas esas cosas han terminado por desanimarme.

Aoi soltó una carcajada y miró al techo.

—Una empresa en la que te dicen eso debe de estar llena de gente insatisfecha y frustrada. Es sólo una forma de descargar rabia contenida. Yo no soy tan retorcida. Me considero capaz de juzgar a la gente sin equivocarme demasiado.

El camarero se acercó despacio con dos menús de mediodía: salteado de berenjena con carne picada. Aoi le dio a Sayoko unos palillos para comer que sacó de una caja negra que había sobre la mesa.

–¿Has comprendido en qué consiste el trabajo? –le preguntó con tono serio–. Lo que te ofrezco es trabajo de limpieza. Antes de casarte trabajabas en una distribuidora de cine y allí tenías tus responsabilidades. No sé cómo decírtelo, pero te ofrezco un trabajo simple, un servicio, no algo creativo que valga la pena. A pesar de todo, ¿quieres hacerlo?

–Por supuesto. Me da igual de qué se trate, sólo quiero trabajar.

En su interior, lo que de verdad se dijo fue: «No es que quiera trabajar en eso, es que debo hacerlo. Por Akari, por mí misma».

–De acuerdo. Eso me tranquiliza.

Aoi empezó a comer mientras Sayoko miraba el plato y separaba los palillos. Le explicó algunos detalles sobre Platinum Planet. Era una empresa que asumía pequeños trabajos dentro del sector de los viajes: organizaba desplazamientos a destinos turísticos, fundamentalmente de Asia, tanto para particulares como para empresas, aunque a veces también vendían paquetes a mayoristas y se hacían cargo de otras cosas. Actuaban como agentes, recopilaban información sobre posibles destinos, organizaban los transportes e incluso procesaban y analizaban las opiniones de los clientes.

–Es decir, una empresa que vale un poco para todo –le explicó Aoi para resumir–. Repetí un año en la universidad y nada más graduarme, la monté. Era una estudiante sin experiencia, así que aceptaba todo lo que me llegaba. Al final ése terminó por convertirse en el espíritu de la empresa. Gracias a ello he logrado crear una amplia red de contactos.

Dejó de hablar de repente para dar un sorbo a su cerveza. No estaba maquillada ni lucía accesorios. «Será la directora, pero parece una mujer corriente», pensó Sayoko. Le dieron ganas de reír al comparar mentalmente la imagen que se había formado de ella con la de la mujer que tenía enfrente. La palabra «directora» le hacía pensar en una mujer maquillada, con un montón de complementos y ropa de marca. El día de la entrevista estaba tan nerviosa que no se había fijado en ella, en lo mucho que se alejaba de ese estereotipo.

–Hace cinco o seis años, un grupo de hoteles del sur de Sri Lanka se unió en un consorcio llamado Garden. Estaban en lugares como Weligama o Tangalle, en la costa del océano Índico aún por desarrollar. Ganamos la representación en Japón. Lo dejaron todo en nuestras manos y a partir de ese momento crecimos mucho. Pero

por desgracia empezaron los ataques terroristas, la violencia. La suerte era que en comparación a otras empresas más grandes, contábamos con la ventaja de tratar con viajeros que no hacían caso de las noticias alarmantes publicadas en los medios. Ahora está la gripe aviar. Sólo se me ocurre que algún dios está empeñado en maldecirnos. Todo eso ha provocado que la mayoría de las agencias pequeñas hayan quebrado.

Sayoko asentía sin decir nada. No llegaba a comprender la relación entre el trabajo de limpieza y el de la agencia de viajes. Se limitaba a observar a Aoi, que seguía con sus explicaciones mientras terminaba su plato.

—Por todas esas razones nos gustaría extender nuestro campo. Pensamos en la posibilidad de abrirnos al mercado de viajes nacionales, además de otras cosas. Una parte de ese nuevo proyecto sería la del trabajo de limpieza —le explicó con los codos apoyados en la mesa—. Te preguntarás por qué. Qué relación tiene con el resto. Tengo visión de futuro. En Japón hay que subirse a un avión para ir a cualquier parte y a pesar de las escasas vacaciones, viajamos mucho. ¿No crees? En cualquier parte del mundo hay japoneses. Viajamos a todos los rincones del planeta. En una ocasión me encontré en Paraguay a un hombre de setenta y dos años y me di cuenta de que el afán por viajar nunca pasaría de moda. No sólo eso, sino que iría a más. Puede que sea demasiado optimista, pero tengo la impresión de que las vacaciones aumentarán poco a poco. De ahí que sea necesario un servicio de limpieza. Se trata de mantener limpias las casas de los clientes que se marchan de viaje: regar las plantas, arrancar malas hierbas de los jardines, organizar el correo, ventilar, limpiar. ¿No te parece una maravilla marcharte de viaje sin tener que preocuparse de nada?

A Sayoko, que no había vuelto a viajar desde que nació su hija, no le parecía un negocio rentable, pero asintió.

—Sí...

—Hace falta tiempo para que una idea como ésa arraigue. No creo que ahora mismo haya muchas personas que viajen durante tanto tiempo como para tener que contratar un servicio de limpieza, pero los resultados no son para hoy. Si me he lanzado a este nuevo proyecto, no es sólo con el objetivo de llegar a los viajeros, sino también para ampliar nuestro negocio y poder asociarme con la empresa de una conocida que se dedica a los trabajos domésti-

cos. Ahí es donde entras tú. ¡Ay! Me ha entrado una sed terrible de tanto hablar.

Apuró de un trago la cerveza que quedaba en el vaso. Sayoko dejó los palillos encima de la mesa. No entendía bien de lo que le hablaba, sólo tenía claro que Platinum Planet estaba en dificultades financieras y debía ampliar el negocio. Pero ya fuera para evitar el estigma de un fracaso o por algún tipo de problema legal, se esforzaba por vender la idea como servicio doméstico para viajeros.

–Me gustaría hablar del horario... –apuntó Sayoko–. En el anuncio decía que eran tres o cuatro días por semana. ¿No sería posible trabajar cinco?

–¿Cómo? ¡Te veo muy animada! –exclamó Aoi, sorprendida.

–Tengo que dejar a mi hija en la guardería, pero si trabajo sólo tres días a la semana no la admitirán porque se fijan en el número de horas que trabajan las madres.

–Entiendo. Es verdad, tienes una hija. En ese caso haremos una cosa. Por el momento basta con tres días, pero en el futuro necesitaremos que trabajes los cinco. Diremos que trabajas a tiempo completo. ¿Te parece? Necesitas un certificado, ¿verdad?

–¿Se puede hacer eso?

–Por supuesto que sí. Lo que no puedo es pagarte los cinco días.

–¡Claro que no!

–Es broma –se rió Aoi.

–Este restaurante me recuerda al comedor de la universidad –comentó Sayoko sin saber bien por qué.

Por la ventana se veía un árbol grande iluminado por los rayos del sol. Un paisaje parecido al que se contemplaba desde el comedor de la universidad.

–¿Te refieres al comedor nuevo? Yo también iba a menudo, incluso después de graduarme. Era muy barato.

Aoi esbozó una sonrisa mientras miraba por la ventana.

–Es posible que nos hayamos cruzado muchas veces.

–¿Te acuerdas del *magurozuke-don*<sup>1</sup> que servían? Costaba quinientos ochenta yenes, pero entonces me parecía caro. Era como un sueño inalcanzable.

–¡Claro que me acuerdo! Para mí también era un sueño. Un plato de curry costaba ciento setenta yenes, lo más barato.

1. Arroz sobre el que se sirve atún crudo con salsa de soja.

–¡Es verdad, curry sin carne!

Las dos mujeres estallaron en una carcajada. Al compartir recuerdos de su época de estudiantes no sentían que acabaran de conocerse, sino que de nuevo estaban en el comedor de la universidad quejándose de los precios, de la poca carne que ponían.

–Volvamos a la oficina. Te presentaré a todo el mundo.

Aoi alcanzó la cuenta para pagar. Sayoko se levantó tras ella, apresurada.

–Me alegra que vinieras a la entrevista.

Sayoko inclinó la cabeza, agradecida.

Tomó el autobús en Ogikubo, pero por culpa del atasco no llegó a casa de su suegra hasta pasadas las tres y media.

–¿Qué has hecho todo este tiempo? ¿Has ido de compras? Te envidio, supongo que aún te sientes joven. –Su suegra miraba la tele en el salón y se dirigía a ella en un tono apático–. Akari se ha dormido hace poco. He hecho lo que he podido para mantenerla despierta, pero como no volvías se ha puesto muy pesada. Al final me he rendido.

Su marido siempre insistía en la forma peculiar de su madre de decir las cosas. Según él, no lo hacía con sarcasmo o ironía. Sayoko tampoco lo creía, pero era incapaz de tomarse sus comentarios a risa.

–Lo siento. Había un atasco tremendo.

–¿De verdad vas a trabajar? ¿No os alcanza para vivir con el sueldo de Shuji?

–No, no se trata de eso –contestó con media sonrisa mientras subía a la habitación de tatami de la segunda planta.

Akari estaba dormida en el futón de invitados. La levantó con cuidado, la dejó encima del tatami, dobló el futón y lo guardó en el armario. Bajó despacio la escalera con la niña en brazos. Su suegra trajinaba en la cocina.

–Me voy. Muchas gracias por cuidarla. Vendremos otro día con más calma. Se lo agradezco de verdad.

Salió de la cocina con una bolsa de papel en la mano.

–Llévatelas. Son verduras ecológicas y pescado seco de Odawara. Me lo han regalado.

Le fastidió tener que cargar con más peso, pero no se atrevió a rechazarlo.



–Gracias. Me voy entonces.

Se despidió con varias reverencias y dejó atrás la casa natal de su marido. Caminó hasta la parada del autobús con Akari en brazos y la bolsa de papel agarrada como podía. El sol se ponía por el oeste tiñendo de naranja el perfil de la ciudad. Akari hablaba como en sueños: «No, no quiero eso».

«Primero iré a ver las guarderías cerca de casa. Solicitaré plaza y después...» Sayoko pensaba deprisa, ansiosa por empezar una nueva vida que quizás había empezado ya. Sentía como si una parte de ella misma se quedara atrás, como si desde la ventana del coche viera a la mujer de antes, la que si se despertaba por la mañana y veía que llovía se sentía aliviada al no tener ir al parque, y al instante siguiente se sentía culpable por ello.